

roe que llevó su fidelidad hasta el punto de matarse sobre el cuerpo de su señor. En otros altares hay estatuas del genio del sol; de la diosa Quam-An, que depara hijos á sus devotos; del budha At-nan-Da, primo y discípulo de Cakya-Muni; del emperador de Jade, que tiene su palacio en la Osa mayor; de Nam-Tao, genio estelar, que tiene por misión tomar nota de los nacimientos humanos, y de su compañero Bac-Dao, que la toma de las defunciones.

Vense además otros dioses de funciones curiosas, pintados en las paredes ó en tablas.

Una acuarela de Leofanti representa el célebre gran Budha de Hanoi, estatua colosal de bronce negro: este gran Budha, bajo cuyo patrocinio está colocada la ciudad de Hanoi, no tiene nada de común con Cakya-Muni; su nombre es Tran-Vu, *guerrero sombrío*; se encuentran vestigios de su culto en los anales chinos que datan de veinte siglos antes de nuestra era.

El budhismo annamita, como el chino, es pues una amalgama de creencias diversas, un compuesto de dogmas y de enseñanzas de Budha, prácticas idólatras y fetichistas de los taoistas, y de los principios filosóficos del culto de Confucio.

A la iniciativa de M. Dumoutier, antiguo intérprete de la residencia general de la República francesa en Hanoi, se debe la instalación del templo búdhico en la Explanada de los Inválidos. Ha traído de aquella lejana ciudad las armazones y los altares; lo ha amueblado con la rica colección de divinidades y de accesorios del culto, y gracias á sus relaciones, ha logrado decidir á nueve bonzos ó sacerdotes budhistas á acompañarle á Francia, donde atienden al culto de esta iglesia exótica. En un principio se albergaron en la aldea tonkinesa, pero luego han dormido en la pagoda.

Este monumento, muy artístico, pero sencillísimo, no ostenta á la vista más lujo que sus ídolos, sus armazones esculpidas y sus enmaderamientos muy finos, de estilo annamita. El arquitecto de esta pagoda es M. Lichtenfelder que ha dirigido en Hanoi el trabajo, acabado en menos de tres meses por operarios indígenas dotados de gran habilidad.

La madera de las armazones, llamada *lim*, especie de madera de hierro, que tiene la finura y la dureza de grano del bronce, procede de las inmensas selvas del Thanh-Hoa; ha sido ofrecida graciosamente por el rey de Anam y se han construido con ella columnas soberbias, de una pieza y de una esbeltez robusta que llama la atención.

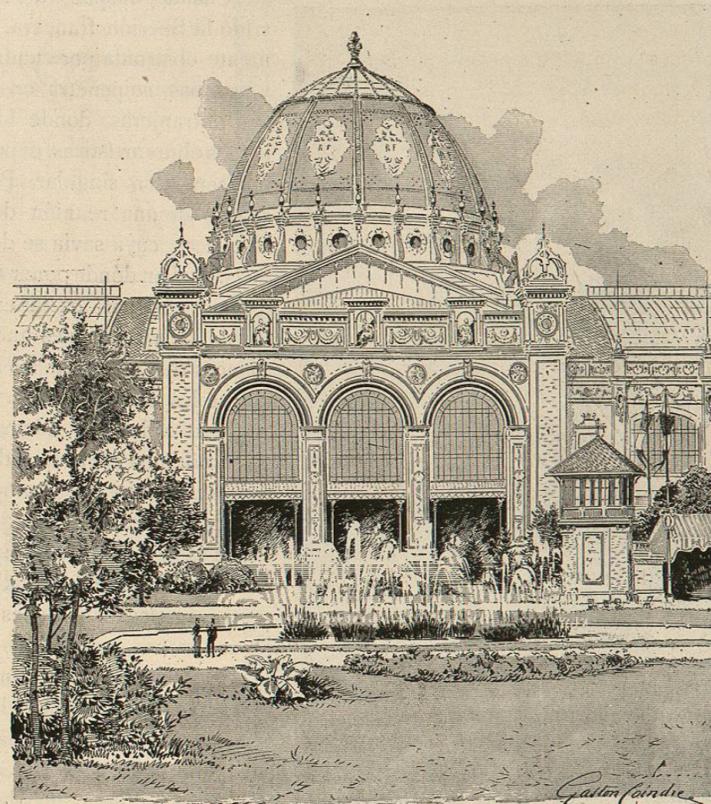
Los mismos bonzos están satisfechos de esta reproducción exacta y afirman que es igual á las pagodas de su país.

Para la inauguración de los ejercicios del culto, M. Dumoutier dió una conferencia sobre el budhismo, y los bonzos, después de poner en el altar flores, frutas y tortas de arroz, acurrucados en semicírculo delante de sus dioses, empezaron á entonar salmodias interminables, dando de vez en cuando golpes en gongos de bronce y en platillos de madera.



Un bonzo

MAURICIO MONTEGUT



Palacio de Bellas-Artes: Fachada del lado de los jardines

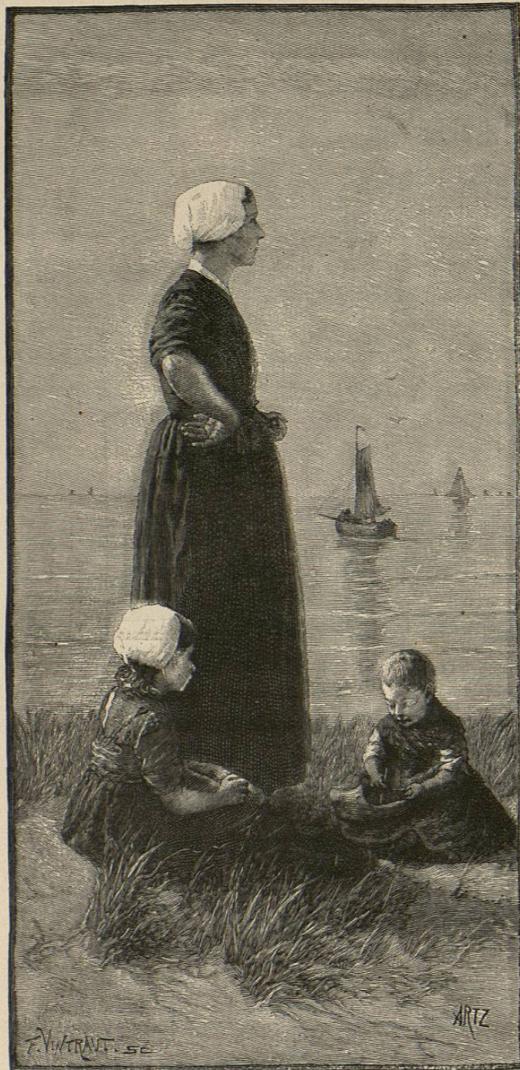
LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

EL ARTE FRANCÉS Y EL ARTE EXTRANJERO EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

INGLATERRA Y AUSTRO-HUNGRÍA

Uno de los mayores atractivos de la Exposición se halla sin duda en el palacio de Bellas Artes, que, como ya se sabe, comprende dos pisos y se divide en tres secciones distintas: 1.º la Exposición decenal francesa, que comienza en la galería Rapp; 2.º la Exposición decenal extranjera, que limita el palacio por el lado del Sena; y 3.º la Exposición centenal del arte francés.

No he de hablar aquí más que de la Exposición decenal extranjera, asunto bastante vasto, y cuyo estudio es suficientemente instructivo para que no se experimente el deseo de extenderse sobre él; pero ante todo séame permitido apuntar una impresión que creo muy general y que me ha parecido curiosa.



ARTZ: La partida de la flota

Cuando, después de haber recorrido la Sección francesa, completamente obstruida por cuadros, bustos y estatuas, se penetra en las secciones extranjeras, donde hay muchas menos obras artísticas, experimentase una sensación singular. Parece que se sale de una reunión de personas pletóricas, cuya savia se desborda, y que no saben dónde poner todo cuanto producen, para entrar en el dominio de las asociaciones anémicas, incapaces casi de cubrir las superficies que se les han designado.

Si se reflexiona, además, que lo mismo de una parte que de otra, así en la sección francesa como en la extranjera, el espacio es igual, y que en un lado Francia está sola, mientras que en el otro se hallan representadas todas las naciones europeas, ó poco menos, esa curiosa sensación se acentúa, y explícate sin dificultad la fuerza de expansión del arte francés y la singular influencia que ejerce en el mundo.

Peligroso fuera, no obstante, tomar demasiado por lo serio semejante impresión, aceptándola como base de un juicio del que no se puede apelar, pues falta mucho, en efecto, para que las condiciones sean iguales entre los concurrentes. Por lo pronto, Francia está en su casa, lo cual es ya un punto muy importante, y además es preciso reconocer que las naciones extranjeras se hallan muy incompletamente representadas.

Nadie ignora que los gobiernos extranjeros acogieron con poca cordialidad y entusiasmo la idea de la Exposición universal, y la celebración del Centenario de 1889. Los mejor dispuestos contestaron con indiferencia á nuestra invitación, y los otros, dudando que fuese oportuno celebrar el advenimiento de los principios que ponían en cuestión su propia existencia, se abstuvieron. Los pueblos que no necesitaban proceder con la misma reserva son los que han venido á nosotros; pero ¡con cuántas trabas y dificultades!

Y á esos impedimentos tan numerosos, á esas malas disposiciones de los gobiernos, y al temor, tan natural en los artistas, de lastimar á los que retienen con el poder las dis-

tiniciones, se debe atribuir la ausencia de gran número de pintores que podrían considerarse como *oficiales*, y de algunos otros.

Antes de entrar en el rápido exámen de las obras expuestas, tal vez convenga hacer aun otra observación. Importa notar, en efecto, que entre los diferentes pueblos cuyos artistas han respondido á nuestro llamamiento, las naciones que más tarde tomaron parte en la vida artística son aquellas de quienes más tenemos que aprender,

Sin querer, en efecto, amonorar el valor de los cuadros ó de las estatuas enviados por España, Flandes, Holanda, Italia, etc., diríamos de esas obras que revelan en su conjunto una estética envejecida. En realidad, experimentase un verdadero placer al contemplar las mejores de ellas; pero en esta contemplación agradable no se reconoce nada nuevo, y sobre todo, no se obtiene ninguna enseñanza inesperada.

Con las naciones que, aun ayer, carecían de escuela, no sucede lo mismo. Enviados con más frecuencia á París

para formarse en el culto y en la práctica del Arte, sus artistas trajeron una sávia especial, facultades nuevas, otra concepción de la luz, y al mismo tiempo, una noción más vibrante del claro oscuro. Tanto es así que, educados en medio de nosotros, esos pintores, felizmente dotados, nos indican nuevas vías llenas de encanto. ¿Qué digo? Presentados entre las obras de sus compatriotas, los que permanecieron fieles al país natal, sus lienzos nos parecen casi los únicos que, bajo el doble punto de vista de la concepción y de la ejecución, presentan una verdadera originalidad.

Una escuela, sin embargo, se exceptúa de esta regla: me refiero á Inglaterra, y á causa de esto, por ella comenzaremos nuestra revista.

La sección inglesa no cuenta menos de cinco salas, es decir que ocupa un tercio de la



H. SALMSON: Las espigadoras

parte del piso bajo destinada á las naciones extranjeras, y á pesar de esto no contiene más que ciento setenta y dos cuadros y treinta y ocho esculturas (1). Es muy poco, y todos cuantos recuerdan la influencia que Inglaterra ejerció durante la primera mitad de este siglo en la renovación de la pintura francesa, se lamentarán seguramente de que el número de envíos no haya sido más considerable.

En cambio, casi todas las obras expuestas, preciso es hacerlas esta justicia, recomiéndanse por un sabor especialísimo y por un asunto muy personal. Apenas se ponen los piés en esas salas, perfectamente dispuestas y decoradas con el mejor gusto, no hay error posible; se sabe donde se está y lo que se tiene á la vista.

Añadamos, detalle particularmente instructivo, que esos artistas, dotados de una singularidad tan pronunciada en su ejecución, y que tanto acentúan sus concepciones pictóricas, son admiradores convencidos de los grandes maestros clásicos. Desde Josuah Reynolds hasta sir John Ruskin, todos los escritores de arte inglés, hasta los más revolucionarios, no han ocultado jamás su veneración al divino Rafaél.

No me detengo en M. Burne-Jones y en su gran lienzo titulado: *El Rey Cophetua y la joven pobre* (*King Cophetua and the beggar Maid*); en esta resurrección de Mantegna se ven seguramente señales numerosas de una aplicación sincera, y tales investigaciones arcaicas de ejecución son de las más honoríficas; pero el *preraphaelismo* ha caducado ya. M. Watts no es mucho más feliz en sus fantasías soñadoras que representan á *Diana y Endimión*, *El Juicio de Paris*, *El Amor y la Amistad*; sir F. Leighton ha combinado laboriosamente su *Andrómaca cautiva*; y M. Alma Tadema, que siendo holandés de nacimiento y educación ha llegado, no obstante, á tomar el carácter de inglés, presenta en su admirable concierto una nota delicada con su *Sueño de las Ménades*.

El *Cardenal Manning*, de M. Oules, es también una obra muy superior, de ejecución compacta, que revela sutiles observaciones

¡Qué primavera tan deliciosamente florida nos representa M. David Murray! ¡Qué hermosas marinas, con sus olas azules agitadas por el viento, ha expuesto M. Moore! Nadie dirá al ver las *Rosas del Támesis*, de M. Leslie, que han sido pintadas al otro lado del estrecho; y el drama de aldea que M. Eildes Luke titula: *Regreso de la penitente*, exhala un perfume de anglicanismo por demás penetrante.

En resumen, como elección de obras, y sobre todo como aparato escénico y buen gusto, la exposición inglesa es encantadora, y recomiendo su atento examen á los individuos de nuestro jurado de admisión.

Al salir de la sección inglesa se entra en las salas de Austro-Hungría. El contraste singular que ofrecen las dos secciones confirma en un todo cuanto dijimos al comenzar: parece que al salir de una exposición contemporánea se penetra en un museo de pinturas antiguas. Seguramente se reconoce mucho talento y carácter en esta nueva sección. La gran pintura, ó si se prefiere, la pintura histórica, está abundantemente representada. Munkacsy, Matejko, Brozik y Charlemont son artistas de brío, y sabios escenógrafos; pero la claridad, la sencillez y el naturalismo, que parecen el ideal del arte nuevo, no se encuentran aquí; y el sentimiento de lo verdadero es casi desconocido para esos pintores.

ENRIQUE HAVARD

(1) El corto espacio de que disponemos no permite comprender en esta breve reseña los grabados, croquis, dibujos, acuarelas, etc., expuestos por las naciones extranjeras.



A. HARBORD: Lavadero (Sección sueca)

ITALIA, PAÍSES BAJOS, BÉLGICA, GRECIA, SUIZA, ESPAÑA, ESTADOS UNIDOS, ALEMANIA,
DINAMARCA, SUECIA, NORUEGA, FINLANDIA

De todos los países extranjeros, el que puede reivindicar en cuanto á influencia la parte más amplia en la historia del arte francés, es seguramente Italia. A partir del siglo xv viene siendo el *alma parens* de nuestra pintura y escultura nacionales, y aunque hoy haya cambiado la orientación del arte contemporáneo, todavía sostenemos en Roma una escuela donde se perfeccionan todos nuestros pensionados de la enseñanza académica.

No es por tanto de extrañar que se haya concedido en el Palacio de Bellas Artes cuatro grandes salas á la sección italiana; pero la verdad es que entre las obras expuestas apenas hay media docena que dejen una impresión duradera; y no porque en ellas se advierta falta de talento; todo lo contrario, los cuadros están hábilmente tratados; pero la habilidad no basta para llamar la atención. Hoy se requiere cierta novedad en la concepción, mucho acento en los toques, y esto es precisamente lo que falta á los artistas italianos.

Hay otro país que también ha ejercido una acción decisiva en la marcha de nuestro arte: me refiero á los Países Bajos. Flandes ha marcado con un sello nuestro arte del siglo xvii; en cuanto á Holanda, ha contribuído, tanto y aún más que Inglaterra, á nuestra evolución romántica. La escuela holandesa, que llena cuatro salas del primer piso, es siempre robusta y brillante; cuenta con retratistas de valer, como Martens; sus pintores de género siguen siendo grandes mágicos de claro-oscuro; las marinas de Mesdag son justamente afamadas, y sus paisajistas merecen asimismo nuestro aprecio. Sin embargo,